RENATO PRADA, ALIENACION Y COMPROMISO

POR

RAUL TEIXIDO

Algunas características definitorias de la denominada «segunda generación» de escritores bolivianos —nacidos después de 1930— son, sin duda, una mayor preocupación técnica y formal, un creciente subjetivismo en la elección de temas y ulterior tratamiento de los mismos, así como un relativo grado de compromiso con la realidad, entendida ésta en su explícita dimensión histórico-social.

La respuesta al *compromiso* propiamente dicho vendrá determinada en cada caso, como es obvio, por los personales condicionamientos del autor y su voluntad de asumirlos y superarlos dentro de un específico contexto. Sin embargo, por encima de postulados de utilidad o eficacia más o menos inmediatos que cada quien pudiera proponerse en uno u otro momento, lo cierto es que ninguno ha podido sustraerse a esa especie de conciencia generacional que, por este camino, les lleva eventualmente a cuestionarse el propio sentido de su labor como expresión estética destinada a un público, es decir, la validez y trascendencia de la escritura en tanto acto creador.

Desde esta perspectiva, los grandes temas de nuestra época —el existencialismo, la dialéctica, la militancia política del artista e incluso la semiótica como ciencia del lenguaje y la comunicación de masas, en sutil entrecruzamiento de líneas procedentes de núcleos argumentales bien diferenciados— confieren interés analítico a una serie de nombres propios y de títulos de muy distinto signo por lo que se refiere a su valor artístico y a su singladura editorial (una característica secundaria común a este grupo poco homogéneo de escritores parece ser también la publicación intermitente y la escasa difusión de sus obras, tanto en narrativa como en poesía).

Un fidedigno exponente de esta índole de preocupaciones estéticas y de comportamiento social (de las que participa, insistimos, esta interesante generación de narradores) es Renato Prada Oropeza (n. 1937).

La alienación del individuo en el seno de una sociedad que contraría sus genuinas aspiraciones éticas —y de realización personal—, la crisis de conciencia y el extrañamiento que le es consustancial, la consiguiente búsqueda de identidad (y de lugar en el *aquí y ahora* del cuerpo social), temas caros a un existencialismo de la mejor tradición sartreana, se han visto puntualmente reflejados en novelas y relatos —dotados de un lenguaje preciso y una simbología muy particular— publicados a partir de 1967: *Los fundadores del alba*, *Ya nadie espera al hombre*, *Al borde del silencio*, *Larga hora: la vigilia*, etc.

No obstante, encontramos en la bibliografía de Renato Prada una obra que —quizá aventajando a las restantes en este sentido— aborda sin reticencias los temas de la alienación y el compromiso y les otorga carácter casi protagónico, por lo que la juzgamos perfectamente idónea para ilustrar nuestro propósito. Nos referimos a *El último filo*¹, una de las más conseguidas de su repertorio (y que será objeto, por lo demás, de una merecida y oportuna reedición en el curso de este año).

Sin embargo, lo que confiere a *El último filo* un incuestionable interés como pieza de análisis dentro del enunciado que nos ocupa es precisamente su *representatividad* en relación a una problemática tanto individual como generacional, común a muchos compañeros de aventura literaria, a la que unos y otros hemos rendido tributo a lo largo de nuestra labor, a saber: la trayectoria personal hacia los umbrales de la conciencia sin otros instrumentos que la razón y la honradez para desentrañar la árida caligrafía de nuestros avatares y contradicciones cotidianas, que luego se hace preciso asumir e interpretar en el equilibrio y la lucidez de una anhelada concientización final.

Desde ese punto de vista, la historia de *El último filo* y de su atormentado intérprete en cierto modo es también la nuestra...

Una sinopsis argumental nos facilitará el examen de los materiales en cuestión.

Rulfo, el protagonista, pequeño agente comercial, llega a «La Zona», en un país indeterminado del Tercer Mundo latinoamericano que, entre otras calamidades, sufre de una larga dictadura, si bien los propósitos de Rulfo son harto sencillos: ultimar un negocio.

La estatua de «El Supremo», amo y señor de vidas y propiedades, rodeada por una invisible aureola de ferocidad y dureza, impone su presencia por doquier. A Rulfo, «El Supremo» le recuerda a Dios, de quien su abuelo le decía que estaba en todas partes y lo veía todo.

¹ Renato Prada Oropeza, *El último filo* (Barcelona: Editorial Planeta, 1975).

Desde el aeropuerto, los viajeros se trasladan a la ciudad. En el autobús, Rulfo observa a una muchacha parecida a su antigua novia y que al parecer forma parte de una *troupe* a las órdenes de un sujeto adiposo y sonriente, Mallcom, que a su vez entabla amistad con Rulfo.

En la habitación del hotel existe también un retrato de «El Supremo». Rulfo lleva consigo un cuadro del que no se ha separado durante los últimos años y lo sitúa tranquilamente en el lugar de aquella ubicua y amenazante imagen.

Llaman a la puerta. Es Mallcom, el sujeto de apellido extranjero, y un empleado del servicio, que sonríe incesantemente. Aquellos hombres no hablan el idioma de Rulfo, pero sus gestos y ademanes traslucen que se trata de una visita de cortesía. El hombrecillo risueño advierte que el retrato de «El Supremo» ha sido descolgado, así como el viejo revólver de Rulfo, prácticamente en desuso, y que éste lleva, como un simple objeto de su propiedad, visible en el equipaje que se hallaba Rulfo deshaciendo en el momento de atender a ambos individuos.

Estimulado por su actitud obsequiosa, Rulfo acepta dar un paseo. En su recorrido por las calles polvorientas y llenas de sol, Rulfo puede ver que en todas las viviendas existe un retrato de «El Supremo», «a veces tan grande que ocupa toda la pared» (p. 32).

Llegan a una casa rosada, de dos pisos; en la planta baja se ha congregado una multitud apretujada y murmurante. Se trata de la inauguración de un prostíbulo en la ciudad, con las consiguientes secuelas de expectación, curiosidad y malicia que suscita un acontecimiento de esa naturaleza en aquella pequeña y al parecer tranquila población. Las muchachas que viajaban en el autobús iban, pues, destinadas a la flamante mancebía.

Tras la presentación de las pupilas, éstas inician sus primeros escarceos con la clientela. Rulfo intenta, sin éxito, ubicar a la chica que descubriera durante el trayecto a la ciudad. No consigue comunicar su propósito al proxeneta que oficia de maestro de ceremonias ni a los encargados del local. Sus intentos, cada vez más enfáticos al inquirir por la muchacha ausente, terminan por irritar a sus interlocutores, que finalmente lo echan del lugar.

En la acera del hotel le aguarda el hombre risueño, que le acompaña luego hasta su habitación. En el umbral, haciendo ademán de despedirse, golpea a Rulfo, precipitándolo dentro. Dos gendarmes, ocultos en la penumbra, le impiden cualquier movimiento defensivo. Hay, además, un agente en traje de paisano que revolea la pistola de Rulfo con gesto de burlona prepotencia. «La mano izquierda del gendarme me mantuvo inmóvil, presionándome en el pescuezo, mientras la diestra se daba a la tarea de registrarme los bolsillos (...) uno de los gendarmes me hablaba

en una lengua extraña y amenazante» (p. 42). Virtualmente, ha comenzado el cautiverio de Rulfo.

Un oficial le hace preguntas que no comprende —igual que no ha comprendido hasta el momento nada de cuanto se le ha dicho— enseñándole repetidas veces una foto de la chica del autobús, de nombre Loira. «No es una prostituta, entonces» (p. 43), concluirá provisionalmente Rulfo, incapaz de formularse otro juicio menos elemental. Gorgo, un guardián descomunal, será el encargado de vigilar sus menores movimientos.

En la prisión, Rulfo presenciará humillaciones y castigos que tienen lugar con odiosa frecuencia; por la noche, los reclusos se roban unos a otros prendas de vestir, mendrugos, se insultan y pelean como bestias a la más mínima provocación, cometen actos de sodomía. Por su parte, los carceleros organizan de cuando en cuando «divertimientos» grotescos y ultrajantes, propios de aquel abismo de abyección en el que Rulfo ha caído.

Cierto día, un anciano es despojado de sus ropas en medio del patio ante la mirada de todos. Le ha tocado en suerte hacer el amor en público con una de las cautivas, y el guardia se las promete muy felices burlándose de su más que probable impotencia senil. Al comparecer la muchacha, igualmente desnuda, el viejo, visiblemente conturbado, intenta rebelarse, pero es abatido por el sargento Gorgo, «más fuerte y ágil de lo que cualquiera pudiera imaginarse» (p. 56). La chica, a su vez, pretende socorrer al anciano y es retirada brutalmente. «Nadie tiene la culpa de que en el sorteo al viejo le haya salido su hija» (p. 53), se limita a comentar Gorgo con una siniestra carcajada. Rulfo, espectador atónito, se ve «sin desearlo (...) envuelto en una atmósfera sofocante de dolor y protesta por la vejación humana» (p. 56), que exacerba el sentimiento experimentado por él durante el improvisado interrogatorio a que fuera sometido, cuando un aliento nauseabundo le golpeaba las narices, y Rulfo se decía: «En este pueblo he venido a sentir el verdadero dolor y la absoluta vergüenza» (p. 44).

Entre los prisioneros, Rulfo identifica pronto a dos grupos muy diferenciados: los delincuentes comunes y «los otros» (políticos), a las órdenes de un individuo apodado «El Partisano».

Durante su encierro —y atento únicamente a la evolución de su proceso, cuya resolución considera por fuerza favorable, *puesto que es inocente*— Rulfo no realiza aproximación alguna a grupos ni personas. «Esto suele ocurrir en el mundo —reflexiona—. Hay malentendidos y tremendas injusticias (como la que sufro) por la ignorancia de los hombres» (p. 55); pero al final, según su sentir, todo se enmienda y la inocencia es reivindicada, como en cualquier bonita película americana. «Pasará esta pesadilla

y yo volveré a mis asuntos para llevarlos a feliz término y retornar a mi patria» (p. 56), se dice también Rulfo.

No obstante, sus gestiones no prosperan.

La intervención del cónsul de su país —en la que Rulfo había depositado toda su confianza— no se produce, pues en vista de los cargos que al parecer se imputan a Rulfo las autoridades diplomáticas declinan toda iniciativa.

La atmósfera se enrarece paulatinamente, y lo que hasta entonces se asemejaba a un lamentable equívoco, susceptible de aclararse de un momento a otro, empieza a adquirir el cariz de una situación consolidada, peor aún para Rulfo: irreversible.

«Sin ningún antecedente político ni delictivo» (p. 21), indiferente a los problemas de la justicia —más aún de la llamada justicia social—, Rulfo no tiene «nada que ver» (p. 70) en todo aquel embrollo; es «inocente» (p. 70). Tan sólo su perplejidad, sus esporádicos arranques de ira —que en el criterio de sus captores podrían asimilarle al intrigante que pugna por esconder su verdadera identidad o al convicto que se atiene al último recurso de la fuerza— dan fe de un ego puesto en guardia y que no cesa de rebelarse contra su situación *anómala*, que considera una grave alteración del modo de ser *real* y *lógico* de las cosas: se condena a los delincuentes, a los asesinos, no a pacíficos ciudadanos; nadie persigue ni encierra a los inocentes. Y eso, en cualquier rincón del planeta, por rudimentario que pueda ser su ordenamiento jurídico, pues se trata de principios universalmente consagrados. Pero ¿y su caso?

Rulfo lucha por superar el contrasentido que se le plantea: *quien se supone que es y cuanto le ocurre* no armoniza, se han convertido en términos antagónicos. Sobre todo, se resiste denodadamente a considerarse comprometido con cuanto acontece a su alrededor, no es otra cosa que un testigo neutral e incontaminado, ajeno, por tanto, a las pasiones y a las preferencias en juego. «Soy inocente; más aún, soy *extraño* a todo lo que sucede en este pueblo» (p. 54). «Esto no me concierne» (p. 87).

Según su íntima convicción, esa inocencia se basa precisamente en el hecho de no existir vínculo ni complicidad alguna entre la disparatada realidad que le envuelve —y sus específicos conflictos— y su condición de pacífico ciudadano sin cargos policiales ni de conciencia. Puede decirse que Rulfo reniega de su incómoda situación; la rechaza, igual que un presunto progenitor ante quien expusieran una criatura de raza diferente, incluso un engendro monstruoso, intentando atribuirle una determinada responsabilidad.

Sin embargo, los acontecimientos se encadenan subrepticamente, diríase que actúan con autonomía propia, a despecho de sus protestas, *involu-*

crándole, amenazando con destruirlo por completo. El nexos, pues, sí parece existir, y se muestra lo suficientemente ostensible para arrastrarlo a un conflicto sin posibilidades de pronta ni favorable resolución, contradiciendo día a día sus ingenuas esperanzas de «ser llamado de un momento a otro para ser puesto en libertad» (p. 82).

Rulfo no es solamente el reo que cumple una determinada disposición judicial, es el objeto de un poder ignoto que lo ha puesto en su punto de mira por causas para él inimaginables. Y al mismo tiempo es un prisionero de sí mismo, en procura de clarificar su laberinto particular. Sus sueños recurrentes, sus obsesiones nunca acalladas, así lo dan a entender.

En cierta ocasión, Rulfo sueña que recorre el interior de una mina, semiasfixiado por el aire caliente y húmedo. Un hombre parecido a su abuelo, con expresión terrible, se encarama sobre sus espaldas, y el peso de la fatiga y la oscuridad lo dominan. Intenta desembarazarse de su cargamento, pero el viejo lo golpea en el rostro, derribándolo sobre el barro maloliente. «Es el abuelo que me castiga por mis culpas» (p. 18), exclama Rulfo para sus adentros.

Rulfo efectúa una travesía en una barca repleta de personas y animales; un vaivén imprevisto vuelca su equipaje y el contenido asoma por las tapas entreabiertas: tortugas que pugnan por salir. Rulfo se afana por restituir las al interior de la maleta, nadie le ayuda en su cometido, que se le antoja imposible de cumplir. En la barca, que navega sobre aguas silenciosas, descubre de pronto a su madre, sentada a su lado, mondanando patatas «para la cena de papá». Rulfo se inquieta al encontrarse de súbito en un sofá, entre dos personas, un militar y una muchacha provocativa, que al desnudarse lascivamente se metamorfosea en su hermana Luisa. Rulfo abandona la habitación, pero el militar lo atrapa intentando estrangularlo por haber pecado con la muchacha de la habitación, que es hija suya...

En otra ocasión, Rulfo sueña con una mujer descomunal que lo reclama desde la orilla de un río con ademanes obscenos. Cuando se aproxima, la ogresa se desvanece arrebatada por un jinete misterioso. Rulfo queda solo, y se mira desnudo ante los ojos de unas muchachas que ríen estrepitosamente cuando se afana por ocultar su virilidad; venciendo su turbación, decide ayudarlas a cruzar el cauce y reconoce una voz familiar —la de su novia Laura— que le reprocha por haber estado a punto «de entrar en el vientre de esa prostituta» (p. 129). Surge de nuevo el jinete y se lleva esta vez a las dos muchachas. Rulfo se lamenta de su situación con una cuarta mujer que lo mira compasivamente desde un montículo pedregoso, insinuándole que también ella es capaz de satisfacer la libido del defraudado soñador...

La posesión física, en el caso de Rulfo y de su novia Laura, había cul-

minado, después de una primera experiencia (furtiva), en la ruptura, sin que Rulfo desde entonces pudiera olvidar por completo el desasosiego y la sensación de culpabilidad que conlleva todo cuanto se malogra por un acto irreflexivo.

La misma noche, su hermana Luisa sufre una quemadura grave que deja secuelas en buena parte de su cuerpo. La desconocida que se desnuda en el sofá evoca el recuerdo de Laura; al mutarse en su hermana Luisa y ser Rulfo posteriormente amonestado por el padre de la chica —el militar del sueño—, el pecado de Rulfo, inconfeso, y que provocó además su separación definitiva, encuentra el juez severo que no tuvo en la vida consciente.

Está, por otra parte, el cuadro que Rulfo heredó a la muerte de su padre. Reproduce *La expulsión de Adán y Eva del paraíso*, por Masaccio. El abuelo le había explicado las terribles implicaciones de la cólera divina para la especie humana, condenada a un perpetuo extrañamiento respecto de la felicidad y de la paz eternas a causa del pecado original, pero para Rulfo estas recónditas motivaciones del destino humano se convirtieron en renovado motivo de inquietud, en una interrogante obsesiva que en vano procuraba relacionar con la inmediata realidad. «El arcángel es despiadado —había manifestado su abuelo— y lleva siempre la espada de fuego en la mano para impedir que retornemos a la felicidad eterna» (p. 57). Una y otra vez esta clave enigmática acudiría a la memoria de Rulfo, atormentándolo. Uno de sus captores le increpa con dureza y a Rulfo le parece «escuchar la voz del abuelo que me lo describía» (el cuadro); en la oscuridad del socavón, «un hombre parecido al abuelo» lo castigaba por sus «culpas», etc. Rulfo ha hecho suya, pues, desde siempre, la indecisión, la vulnerabilidad de las criaturas condenadas de antemano, mezquinas y atemorizadas, que escarban un agujero cualquiera para hacer sitio a sus vidas egoístas e improductivas, renunciando a toda explicación lógica y justa de las cosas.

Todo ese lastre pesa en la conciencia de Rulfo; una carga de frustraciones y de soledad, de impulsos fallidos, de recuerdos cuya inhumación la memoria no ha sido capaz de afrontar y que poseen además carácter de auténtico *leit-motiv*: culpa, arrepentimiento, deseos reprimidos, amenaza, castigo; la mujer (hermana, madre, novia), añorada, mancillada, y la voz premonitoria recordándole que pertenece a una especie contrita y maldecida, para la que se han cerrado las puertas de la esperanza.

Recuerdos, en suma, que trajinan con el sigilo de una camada de ratas por el interior penumbroso de su conciencia: Rulfo, el pequeño hombre de los sueños indignos, el sujeto no comprometido y sin historia *por decisión propia*, vacilante y estupefacto ante los embates del absurdo, los ca-

prichos de la fantasía, la volubilidad de las hembras y las incongruencias de la vida real... Será, sin embargo, esta menospreciada *realidad* la que finalmente contribuirá a liberarlo de todas sus pesadillas...

El día que Rulfo considera la situación suficientemente esclarecida a juicio de sus captores (y resuelta a su favor, como es natural) lo introducen en una sala de audiencias para un careo con Loira, la muchacha del autobús. Para su asombro, le enseñan una fotografía en la que aparecen juntos, además de otra en compañía de Mallcom, que conoce todos sus pasos... De todo lo cual apenas Rulfo se atreve a colegir que Loira es de «los otros», sin pensar que por ello el contexto de su situación es ahora trágicamente distinto: si Loira es de «los otros» (es decir, una prisionera política) y él, Rulfo, aparece en la fotografía junto a ella y Mallcom —a la postre un agente del gobierno— conoce desde tiempo atrás estos detalles, significa, desde el punto de vista de sus jueces, que el grado de *compromiso* de Rulfo es mucho más considerable de lo que éste se empeña en alegar.

Para colmo, y de una manera asimismo inexplicable, su equipaje resulta contener un doble fondo del que salen a luz armas y propaganda subversiva. El guardián del paraíso alza su espada, amenazante: Rulfo ha de buscar una imposible felicidad por senderos solitarios, alejado para siempre de las moradas celestiales...

Los hombres inician su interrogatorio martirizando a Loira; para evitarle sufrimientos inútiles, Rulfo firma la página en blanco de su confesión, ignorando los extremos que puedan imputársele luego en ella (al paso que van las cosas, su suerte parece echada y resultaría pueril regatear un cargo más o menos), y se retira, una vez más, *perplejo*: desde el primer día no ha existido en todo aquel maldito asunto la menor coherencia, hechos ni circunstancias que abonen una acusación; por el contrario, ha predominado la ambigüedad, la reticencia, la doble intención, y a partir de su injusto encierro, la rabia, la vergüenza y el estupor que le han quemado las entrañas durante largos días.

En la última instancia de su absurdo proceso, tras tensa y desconcertada vigilia, Rulfo ya no razona (le sirve de bien poco hacerlo). En su cerebro estallan frases inconexas, parecidas al postrer chapoteo de un hombre que se ahoga: «¡He caído en una trampa!» (p. 92). «Una terrible pesadilla, maldita como la muerte» (p. 90).

Desbordado por este acontecer, Rulfo buscará desesperadamente designar de alguna manera aquella envolvente truculencia, como el hombre primitivo ante situaciones nuevas, que debió concebir vocablos, sonidos guturales, para nombrar las fuerzas exteriores y su propio terror y confusión ante el ímpetu avasallador de lo desconocido.

Aquella extraña mecánica ha tenido desde el principio —ahora Rulfo empieza a percatarse de ello— la precisión de una maquinaria de muerte; en medio de un fárrago de hechos incongruentes y de sujetos manicomiales, amortajados por un común destino (ciertamente contradictorio) de dominadores y perseguidos, Rulfo pugna por vislumbrar un atisbo de lógica...

Hasta la fecha, en la vida de nuestro hombre, ninguna idea clara, ningún proyecto constructivo, han orientado sus acciones; su pensamiento se ha contemplado siempre en el espejo de sus propias circunvoluciones narcisistas, atormentado por las constantes del sexo y de la muerte. Para Rulfo, soledad, incomunicación, deterioro del mundo —por mucho que él mismo fuese víctima de tales extremos (y lo era)— probablemente nunca significaron demasiado, suponiendo que se hubiese detenido alguna vez en comprobar los estragos de esa situación espiritual en sí mismo y en los demás. «Lo único que permanece —le había dicho también el abuelo— es nuestra condición solitaria y desesperada» (p. 134), a propósito de su interpretación de la caída, que involucra a toda la especie humana.

No obstante, la última vez que platicaron, antes de partir Rulfo hacia «La Zona», el abuelo había añadido que el cuadro (en este caso muy expresivo de su personal visión del mundo) tenía una continuación, *El bautizo de los neófitos*, «la salida que busca el hombre a su expulsión del paraíso» (p. 139); es decir, su redención, de la que, por lo demás, aquel hombre sombrío y amargado no parecía en absoluto persuadido. De ello hablarían cuando Rulfo regresase...

Mas ahora Rulfo tiene que enfrentarse con circunstancias plenamente imprevistas, dentro de las cuales toda simplificación, por trascendente que fuere, se muestra insuficiente (como lo es, a la postre, toda metafísica). Contrastando con la sombra ominosa de sus delirios y con la propia realidad que se esfuerza por asumir, la memoria de su amigo Miguel —cuyas inquietudes sociales le habían acarreado tempranas experiencias carcelarias y de exilio— se va imponiendo con intrínseca nitidez.

En sueños, Rulfo vuelve a su pueblo natal, pero lo encuentra vacío y fantasmagórico; se ve a sí mismo desnudo y contempla aterrado cómo sus propios miembros se caen a pedazos, como si todo su cuerpo estuviese constituido por materia putrefacta: es acaso el signo definitorio de que su trayectoria no tiene ya retorno posible o al menos de que nunca más las cosas que conoció se parecerán a sí mismas *después* de su visita a «La Zona». Su atávico temor a la divinidad, al arcángel de fuego que expulsa del paraíso y castiga al pecador, encuentra su contrapartida en el poder material, que participa de todas sus características: «La carcajada del sargento me llega como el golpe de trompetas misteriosas de un poder tan

superior a mis fuerzas que el sólo pensar en tocarlo es ya una condena» (p. 47).

Sus viejos fantasmas se resisten a morir y engendran un mecanismo de sustitución con igual o mayor poder que cualquier fantasía pretérita: el silencio, la sangre derramada, los muros infranqueables, «El Supremo», que vigila con su mirada feroz y estrábica, los hombres, deambulando en su temblorosa desnudez, escupiendo odio y rencor en el rincón de sus celdas o desplomándose una mañana cualquiera bajo una ráfaga fulminante; he ahí la mano del verdadero, del Único Arcángel Maligno. El Poder nudo y concreto, infinitamente más tortuoso y sibilino que las leyendas hebraicas o las figuraciones de profetas exaltados, y cuya única finalidad es el disfrute total de la riqueza al precio de enterrar las más nobles aspiraciones del hombre. De ahí los verdugos y los revolucionarios sociales, representaciones *de facto* con que le había obsequiado el azar, escogido repertorio de cautivos y de cancerberos dentro del marco de un país («La Zona») igual al suyo, desangrado y empobrecido.

Rulfo advendrá, pues, por cuenta y riesgo, a un lenguaje nuevo para él, que reflejará la realidad con dolorosa exactitud, disipando las brumas de la incongruencia. Su «expulsión del paraíso» viene a estar representada, en este caso, por el fin de su vida anterior, por el definitivo adiós a su mundo de terrores domésticos. Mas no se trata de una iluminación súbita; tiene lugar, por el contrario, un lento y costoso reptar hacia la corteza, que conlleva para Rulfo —como tantas cosas en su vida— las mortificaciones de la duda y la indecisión. Su sentimiento de «absoluta gratuidad de la vida» (p. 54) tiende a convertirse en una propuesta vital formulada por vez primera teniendo en cuenta a los demás, es decir, *comunicativa* y *comunitaria*, que no lo será del todo, no obstante, mientras Rulfo no se plantee la cuestión en estos o parecidos términos: ¿*tiene* que hacer frente solo a aquella situación, apelando al único recurso de sus energías quebrantadas... o existe, contrariamente, la posibilidad de una *acción en común*?

Días más tarde le será leída la sentencia del tribunal.

Las pruebas contra Rulfo son abrumadoras (ha firmado además su confesión) y es, por ende, declarado culpable y condenado a muerte.

A Rulfo, empero, no le preocupan demasiado los considerandos de la sentencia: ha empezado a descifrar aquel delirio de locos. Tampoco es ya el ingenuo paisano de los primeros días (ha llegado incluso a pensar: «¡Todo esto puede ser destruido!» (p. 125); de ahí que se considere capaz de replicar ante sus jueces: «Dígale que soy inocente por no tener el valor de ser un hombre y culpable por haber elegido la manera de vivir como un gusano» (p. 142), reacción insólita si pensamos en el Rulfo de la primera

parte, mas perfectamente verosímil en el sujeto que ha empezado a arrojar una objetiva clarificación sobre su conciencia adormecida.

Sin embargo, el día en que la hilera de prisioneros es conducida a la muerte, se produce una enorme confusión en la plaza. Suenan disparos y muchos hombres —guardianes del orden y reclusos, abatidos por la reacción de aquéllos— ruedan por los suelos. Rulfo se apodera del fusil de un guardia y efectúa a su vez algunos disparos. Pronto es alcanzado y pierde el conocimiento.

Durante su restablecimiento se enterará de que se produjo un ataque para liberar a los prisioneros políticos y la guerra civil ha estallado en todo el país.

Sus salvadores (el grupo de «El Partisano»), sabiéndole no comprometido con ellos, lo dejan en la opción —una vez recuperado de sus heridas— de continuar su camino (el de siempre, es decir, *ninguno en particular*) o incorporarse al movimiento insurreccional si posee la necesaria convicción para ello...

Rulfo ha recorrido el laberinto de un tiempo inextricable, ha experimentado la soledad, la náusea de la existencia vejada, degradada; por su espíritu han discurrido —igual que las aguas cuando arrastran restos de viejas moradas— retazos del pasado, oscuras vergüenzas, secretos inconfesables. Su antiguo lenguaje, sus símbolos predilectos, se han erosionado ante la marea de la realidad; su independencia y neutralidad —tan ilusorias— son un cuerpo sin alma. Y tiene los ojos y los oídos repletos de gestos vanos, de gemidos... Ahora toda vacilación sería inadmisibile, el decrepito Rulfo, cansado de delirar, huérfano de solidaridad, ha dejado de existir dentro de él. A cambio, el futuro parece intuirse en cada átomo de aire caliente que lo envuelve, en cada mano que estrecha, detrás de cada objetivo que se anhela alcanzar *entre todos*... Rulfo decide quedarse. Se ha operado en él un doloroso tránsito que lo ha llevado desde un estado de soledad inútil e improductiva, de desentendimiento del mundo en tanto responsabilidad individual y colectiva, a la consiguiente clarificación conceptual y práctica, a remolque de unos acontecimientos que ha tenido que asumir e interpretar por propio mérito y esfuerzo...

Así, casi socráticamente y de la mano de un sujeto a ratos odioso y a ratos patético, el autor de *El último filo* nos conducirá —orillando esa intangible frontera que sugiere el título del libro— a la *verdad* de Rulfo, a un alumbramiento conceptual, que tiene lugar no ya en la pura soledad especulativa, sino en el terreno de los hechos concretos. Por todo ello no será casual, insistimos, que Rulfo decida su destino tras haber estado muy próximo a morir, como si en aquel trance —ciertamente simbólico— hubiese dejado finalmente atrás su vieja piel, su «mal sueño», el desasosiego

del hombre insolidario. No se *es*, simplemente; se es *con* (los demás) y *en* (el mundo).

El último filo podría caracterizarse como la «novela de la solidaridad», trayendo así a colación un elemento clave que, paradójicamente, está casi por entero ausente en la narración, pero que representa el eje primordial sobre el que se ha llevado a efecto el montaje de la obra. Núcleo que Prada desarrolla sirviéndose de una urdimbre de acontecimientos y anécdotas muy expresivamente entretrejida: la solidaridad y su específico valor por una parte y las relaciones inmediatas del sujeto con la realidad por otra, en un universo histórico-social a cuya comprensión o conocimiento (que en el caso de Rulfo es, a la par, un *co-nacimiento*) accede su protagonista luego de un periplo bien puede decirse consumado —antes que en las fronteras de un territorio determinado, provincia o república— en el interior de sí mismo.

El último filo es, a la postre, la historia de una toma de conciencia (que desemboca precisamente en la materialización del concepto «solidaridad» respecto de la cual el protagonista ha sido un hombre ajeno o «enajenado»).

Narrada con total solvencia de recursos, pone de manifiesto con especial énfasis la inseguridad y el vacío que se ciernen sobre toda vida que no se muestre capaz de sintonizar con los grandes acontecimientos de su entorno, superando su egocentrismo, sus abstracciones pequeño-burguesas y su irresponsabilidad suicida, realizándose, en cambio, en la fructífera conjunción individuo-sociedad. «Lo que hagas —le dice Miguel a Rulfo— no concierne sólo a tu persona, puesto que tú mismo no eres un principio absoluto» (p. 161).

Este sujeto se realizará, en consecuencia, tal como nos lo muestra el autor por obra de los hechos expuestos, en la comunidad de sus semejantes frente a cuyo destino aprende a sentirse responsable, en idéntica medida que ante el propio destino, desde el momento en que ambos —*individuo* y *comunidad*, mucho más que simples premisas aptas para bizantinismos filosóficos y ocios especulativos— soportan aquí y allá una misma enajenación histórica y deben encarar, por tanto, una común tarea revolucionaria.